

SEXUALIDAD

AÑO II. NUMERO 48.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

18 DE ABRIL 1926.



Ayuntamiento de Madrid



Hotel Florida Madrid

Doscientas habitaciones,
todo confort
e higiene.

El mejor situado y
más económico de
los hoteles modernos

GRAN VÍA = Plaza del Callao

Antonio Ardid

P'NEUMATICOS

y

accesorios para automóviles

Génova, 4.-Madrid

SEXUALIDAD

REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE SOCIAL

El fin que nos proponemos es la preservación de las enfermedades evitables y el desarrollo de la educación física como salvación a nuestra juventud

Se publica los domingos

DIRECTOR

DR. NAVARRO FERNANDEZ

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Alcalá, 53.—MADRID

Teléfono, 27-61 M.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre	3 pesetas
Semestre	6
Año	10

:: Ante el albedrío sexual ::

Es desigual la misión sexual, no sólo ante los medios de conquistar el necesario sustento, en el inmenso y encarnizado campo de batalla en que se batan en cruenta lucha para lograr la necesaria subsistencia, sino también ante la fisiología normal de las funciones reproductoras.

Los dos sexos tienen por misión principal la protección de su prole. Pero el individuo masculino más fuerte y más audaz ha de emplear estas cualidades con las cuales le ha favorecido la Naturaleza para proteger el hogar y conquistar los medios de su existencia.

Por eso la Naturaleza le hizo más fuerte, y sólo en la vida sexual le hizo portador de la semilla, librándole de la gestación y evolución de las que dotó a la hembra, la cual se encuentra en condiciones de inferioridad, para la lucha nutritiva.

La prole, siempre amenazada de aniquilamiento, es incapaz para la victoria ante el rudo batallar por la vida, y no bastándose a sí misma, es necesario el cuidado de los seres engendrados, hasta que puedan vivir por su cuenta.

Las circunstancias en que se desenvuelve la vida femenina ante la propagación de la especie la convierte y la eleva al más alto rango, dotándola en este concepto de una superioridad indiscutible en la vida

sexual ante las funciones reproductoras. En el sexo femenino, la vida se desarrolla más débil, manifestándose igualmente esta misma inferioridad, que es el concepto fundamental biológico de la hembra ante la vida nutritiva, o lo que es igual, el sexo masculino tendrá siempre por naturaleza superioridad en las cualidades que han de favorecerle en la lucha para alcanzar la victoria en el campo de batalla, cotinuado y perenne, con que luchan todas las especies en la Naturaleza, mientras que en el sexo femenino, es una verdad, demostrada e incontestable, la supremacía de la hembra, en lo que a la función reproductora se refiere.

Esta desigualdad ante la función reproductora y ante el destino biológico que supone la lucha para conquistar los medios de subsistencia en su concepto orgánico, y refiriéndonos a la especie humana, ha hecho inadaptable el alvedrío sexual por la necesaria defensa de la prole incapacitada de vivir por su cuenta al nacer, y da la inferioridad de la hembra en el sentido nutritivo por la lucha de adoptar en el más alto rango el concepto de trascendencia superior que se ha opuesto siempre al concepto de la libertad sexual, tan limitada en el orden físico en la especie humana.

Doctor Navarro Fernández.

Higiene social

Pornografía e incultura

De cuando en cuando, al hojear algún diario, vemos insertas en sus páginas disposiciones del Gobierno contra la pornografía. No pretendemos con estas líneas, ni justificar esa actitud de nuestros gobernantes, ni analizar sus fines, por demás claros. Está bien. La persecución de los libros y postales pornográficos es un paso hacia la desaparición de la pornografía. Hemos dicho un paso. Conformes. Y decimos que es un paso hacia su desaparición porque el quemar y hacer desaparecer por otros medios esa clase de publicaciones, no quiere decir que desaparezca con ellas el deseo de poseerlas. Nada más erróneo. Puede desaparecer el fruto y quedar la semilla. Por lo regular, y teniendo en cuenta nuestra idiosincrasia, basta que nos esté vedada la posesión de cualquier cosa, buena o mala, fútil o beneficiosa, para que despluguemos todas nuestras energías en adquirirla. Que retiren un libro de la circulación por ser más o menos portador de sensaciones lúbricas, no quiere decir que hagan desaparecer los deseos; al contrario, los enardecen.

Contra la pornografía no vemos más que dos soluciones; una parcial, la puesta en práctica: persecución e incautación por el Estado de toda clase de libros que exciten el apetito sexual en perjuicio del individuo y, por ende, de la raza; y la otra, tal vez algo utópica, dada la labor a realizar, pero que daría resultados muy satisfactorios en este problema de la pornografía. Nos referimos a inculcar en el espíritu del individuo las agradables sensaciones de lo bello, en perjuicio del activo veneno de lo obsceno.

La pornografía es veneno corporal y espiritual del hombre inculto. Nunca podrá serlo para el hombre culto, puesto que éste procurará alejarla de sí, porque prevé las consecuencias funestas que puede traerle.

Dad un libro pornográfico a un hombre de Letras—aun cuando empleemos el término general **hombre**, nos referimos muy especialmente a la juventud, ya que es el terreno abonado a esta clase de desequilibrios del espíritu—, y observaréis que, aun cuando lo lea de cabo a rabo—que raras veces lo hará—, no experimenta sensación alguna que pueda alterar su ánimo de ente consciente. Por el contrario, poned al alcance de un hombre de alma poco o nada cultivada, que ignora dónde se hallan los linderos del Arte—si es que en el Arte hay límites—para dar paso al antiarte, un libro erótico, obsceno, que despierte sus apetitos carnales, y veréis con qué fruición, con qué avidez devora sus páginas; es decir, devora el veneno, cuyos efectos han de repercutir, «ipso facto», en su organismo y en toda su constitución, debilitándole y abriendo las puertas de su cuerpo al microbio de la tuberculosis.

No queremos tachar de pornográficos algunos libros que para el vulgo lo son; libros que llevan en sí descripciones netamente artísticas y que nunca pretenden despertar en el lector olas de concupiscencia, sino, por el contrario, darle a conocer la belleza en todos sus aspectos y orientaciones; despertar en él una sensibilidad puramente artística. Pero estos libros hay que saberlos leer, para interpretar bien su contenido; es decir, hay que tener cultura para comprender sus fines, cosa muy difícil en un país como el nuestro, en que el 25 por 100 de sus individuos son analfabetos y otro 35 por 100 no sabe lo que lee.

Por eso no nos cansaremos de pedir escuelas, lugares donde se capacite al individuo y se le ponga en guardia contra estas plagas sociales. La cultura destruirá la pornografía.

Y así diremos que si Napoleón, para ganar batallas, no pedía más que «dinero, dinero y dinero», nosotros, para lograr la emancipación espiritual de todos los españoles, pedimos solamente cultura, cultura y cultura.

Antonio R. Oliveira.

El libre albedrío

Enfoco nuevamente esta cuestión con el objeto de ampliar las manifestaciones que sobre el mismo asunto hice en mi artículo del número correspondiente al 28 del pasado marzo, y con el fin, al mismo tiempo, de contestar a los que me han objetado que la negación del libre albedrío presupone la admisión del fatalismo.

El fatalismo, muy bien condensado en la famosa frase de «estaba escrito», se halla muy lejos de la teoría determinista. El fatalismo admite como única causa el capricho inmutable de una Divinidad que escribe sin regla fija el destino de los humanos en el libro de los tiempos; y el determinismo, como ya dijimos, establece sobre nuestra personalidad una relación de causa a efecto, como en todas las cosas de la Naturaleza; admite exclusivamente que una vez determinada una causa, el efecto se sigue con matemática precisión. Así, un fatalista admitiría que la muerte de un canceroso se produciría porque en su destino estaba escrito que había de morir precisamente de este mal; y, en cambio, un partidario del determinismo, con más sentido científico, deduciría que, una vez adquirida la enfermedad por cualquiera de las causas que pueden determinarla, contagio, atrofia orgánica, etc., y en vista de la impotencia que todavía existe en la ciencia para ese mal, la muerte se ha producido como un efecto fatal de todas esas circunstancias. Si esto es fatalismo, indudablemente lo es todo en la vida; pero es que a esto ya le ha dado a la ciencia por bautizarlo con el nombre de «leyes naturales». Quieran o no quieran los detractores de la doctrina determinista, fatalismo y determinismo son dos sistemas filosóficos completamente distintos, aunque entre sí tengan puntos de contacto como los tienen también con otros sistemas y otras Escuelas.

Se nos presenta como consecuencia del reconocimiento del determinismo una cuestión importantísima: la irresponsabilidad del individuo. La ciencia ya en muchos casos admite causas que conducen a la

irresponsabilidad. Las mismas leyes, comúnmente tan rígidas, establecen atenuantes y eximentes. Sin entrar a eximir este aspecto de la cuestión, porque entraña muy hondos problemas de psicología, sociología, pedagogía, medicina legal y, en general, de casi todas las ramas del humano conocimiento, diremos que el determinismo lo que hace es generalizar las atenuantes y las eximentes, no reconociendo nunca una responsabilidad absoluta porque siempre, en todos los actos de la vida, influyen causas ajenas a la voluntad.

Argüyen los defensores del libre albedrío que con su negación queda destruida la concepción del alma y de la voluntad como atributo suyo. Respecto al alma sólo diré (sin adentrarme en disquisiciones metafísicas que complicarían la cuestión) que el hecho de que sus facultades estén coartadas por circunstancias materiales no implica la negación de su existencia, porque admitida la reciprocidad de lo físico con lo espiritual, las causas que actúen sobre la materia han de repercutir en el alma, anulando, exaltando o desfigurando sus facultades. La voluntad, por tanto, no sólo no la negamos, sino que la afirmamos. La voluntad existe; pero no como causa única de nuestras acciones, sino generalmente como un efecto más de muy diversas causas. Además de que si con la existencia de la voluntad quieren probarnos el libre albedrío, queda precisamente probado lo contrario. Todos no poseemos el mismo grado de volición, luego el libre albedrío no se da en todos con la misma libertad, y hallándose ya limitado, restringido, reducido, no puede con justicia llamarse libre albedrío. Y si se reconoce que en su mayor o menor existencia influyen causas extrañas, he aquí que estamos ya en presencia del determinismo.

La voluntad existe, es cierto; pero no puede decirse en conciencia que es la causa de nuestras acciones; es, en efecto, el impulso motor; pero es un impulso obediencia a otras mil extrañas causas que no dependen de la voluntad, sino que es ésta la dependiente de aquéllas. La voluntad no es autodinámica; sus decisiones obe-

decen siempre a otro impulso. Y, en fin, aun negando el libre albedrío admitimos la voluntad; pero una voluntad aherrojada, encadenada, influenciada por las circunstancias, que no puede obedecer a las órdenes del Yo.

La voluntad no se manifiesta nunca íntegramente; unas veces el acto volitivo queda modificado, desfigurado por circunstancias extrañas al «yo quiero»; otras es la resulante fatal de circunstancias exteriores que nada tienen que ver con la voluntad; y otras, finalmente, lo que creemos un acto propio, autovolitivo, es lo más extraño a nosotros por cuanto nuestra misma voluntad ha sido influida, obligada a dirigirse en es esentido, por un proceso inconsciente de nuestro psiquismo, subyugado a su vez por sugerencias ajenas. Teniendo esto en cuenta es indiscutible que el hombre cuya voluntad esté más desarrollada, más educada, y sea, en fin, más dueño de sí mismo, es el que se encuentra en mejores condiciones para resistir esas influencias extrañas—siempre con una absoluta relatividad—y el que puede ostentar, aunque no más que en un grado ínfimo, esa libertad volitiva, que nunca podrá llamarse libre albedrío, porque siempre estará condicionada, coartada, sojuzgada por circunstancias extrañas, de las que, por más que haga, nunca podrá prescindir. Por esto, naturalmente, la voluntad debe educarse, vigorizarse, porque ella, junto con un perfeccionamiento total de la Humanidad, ha de ser la que, evolucionando, pueda cada vez más firmemente resistir a las influencias nefastas y dar al hombre una relativa independencia, un libre albedrío relativo que, hoy por hoy, no existe más que en nuestro pensamiento, como un grito de nuestro Yo que nos advierte de su derecho a ser más libre. Pero mientras, no nos engañemos; veamos las cosas como son o como parecen ser: el hombre es actualmente un juguete más o menos consciente de las circunstancias. Y para terminar, Mientras exista una sola causa que pueda influir sobre nuestra voluntad y modificar nuestras decisiones, no puede hablarse con propiedad de la existencia del libre albedrío. Se

me dirá que es pernicioso proclamar un hecho tan desconsolador; pero es que es cien veces preferible mostrar el daño, aunque duela, que no ocultarlo en la indiferencia y en la apatía, porque quien cree tener una cosa, no la ha ya por poseerla; pero el que comprende que aquella posesión era ficticia, ése lucha y se afana por conseguirla, y está en mejores condiciones para lograrla que aquel que cree falsamente que ya la tiene. Conociendo el mal es como únicamente puede corregirse.

E. Gómez Sebastián.

Enseñanza del idioma español por radiotelefonía en los Estados Unidos

Copiamos de una revista norteamericana:

«El creciente interés que por las cosas de la América española existe entre toda clase de personas en los Estados Unidos ha dado lugar a que se organicen aquí (en los Estados Unidos) la enseñanza del castellano por radiotelefonía. Miles de poseedores de aparatos radiotelefónicos receptores, que en junto forman la legión más numerosa que jamás se haya organizado para un estudio determinado, están estudiando actualmente el español los lunes por la noche, recibiendo las lecciones de la estación difusora de la General Electric Company de Denver. En la actualidad, más de quince mil personas, pertenecientes a diversas nacionalidades y profesiones, se han matriculado para el curso de español, que continuará durante todo el invierno. Además de estos matriculados, son innumerables los que han manifestado su deseo de escuchar.

El incremento comercial entre la América de habla inglesa y la de habla castellana y portuguesa hace que preste gran interés el conocimiento de estas similares lenguas en los Estados Unidos.»

Pida tarifa para su anuncio en

SEXUALIDAD

El teatro de los poetas

Más de una vez he dicho que es ridículo hablar de romper moldes en el Teatro, y menos en el Teatro español, en donde, desde «La Celestina» a los autos sacramentales, hay moldes para cuanto en lo humano y lo divino puede ser llevado al teatro. No hay que romper nada, ni siquiera ensanchar; lo que sí es necesario es no limitar el Teatro a un solo molde, así sea el de última moda; lo necesario es que alternen en el repertorio de las grandes compañías obras de los más diversos géneros y escuelas, para ampliar los gustos del público, que siempre tendió a limitarlos, y apenas ve cuatro obras realistas, en prosa, de su agrado, no duda en decretar que el romanticismo y el verso han muerto para siempre, y si por un feliz acierto logran imponerse dos o tres obras en verso, con la misma ligereza proclamaría que el realismo ya estaba muy pasado y que el Teatro es sólo idealidad y poesía.

No; el Teatro, con el Arte en general, es todo, y no puede ni debe vivir de exclusivismos; todos los géneros son buenos, hasta el fastidioso, cuando fastidia para algo. Eso, sí, el fastidio por el fastidio no es admisible, como lo es el arte por el arte. Pero seamos sinceros: la primera vez que leímos el «Quijote» y la «Divina Comedia» y las obras de Shakespeare, ¿no estuvimos a punto de encontrarlos algo fastidiosos? Si nos hubiéramos dejado vencer de esta primera impresión para desistir de la lectura, ¿no hubiéramos perdido las más hondas emociones artísticas de nuestra vida?

Los más hermosos paisajes no están al alcance de nuestra vista sólo con abrir la ventana de nuestro cuarto todas las mañanas; hay que correr tierras, trepar por montañas, fatigar el cuerpo, para admirar los hermosos paisajes.

¿Habría un solo wagnerista si en cada uno no supusiera la total y definitiva admiración por el maestro un esfuerzo de voluntad para llegar a la inteligencia, que, traducido en esfuerzo físico, bastara, no

sólo a escalar contañas, sino a levantarlas en peso?

Pero nuestro público ama las llanuras, el más insignificante altozano le detiene, quiere jardinitos muy urbanizados para pasear sin fatiga, aunque del paseo no traiga ni más aire en sus pulmones, ni más luz en sus ojos, ni una emoción, ni un pensamiento que él no llevara de su casa, un poco más sentados por el paseo higiénico.

Y si fuera sólo la voluntad y la inteligencia del público las que se resistieran. Pero es que tampoco podemos contar con su imaginación, que niega crédito a todo lo que no sea verosímil, de esa verosimilitud teatral por la que dijo no sé quién, con mucho acierto: «La verosimilitud es el mayor enemigo de lo verdadero». Porque no es realidad su idea y su sentido de la vida, que no suele ser de una amplitud en que haya comprensión para muy grandes cosas.

¡Ah, cuando el público dice «¡falso, falso!» a lo que él no sería capaz de pensar o de hacer! Pero mucho peor cuando dice «¡falso, falso!» a lo que él piensa y hace; pero le desagrade que el vecino pueda pensarlo o hacerlo o sospechar que tales cosas pasan en el mundo.

Y, no obstante, si queremos que el Teatro no acabe por ser, como lleva camino, un competidor, con desventaja, del cinematógrafo, en donde todo entre por los ojos de la cara sin que voluntad ni entendimiento ni imaginación del espectador tengan que poner nada, es preciso que pidamos al público algún esfuerzo mental, siquiera de imaginación, que es el menos penoso; no sea sólo el Teatro la realidad y su prosa; vengan también la fantasía y los ensueños y hasta el delirar de la poesía. El Teatro necesita poetas.

Por su cultura, por su dominio de la técnica, por la variedad de estilos, quizá no hubo nunca en España tal número de excelentes poetas como ahora. Entre ellos los hay que triunfarían en el teatro con la

sola magia de su poesía. Sí; los poetas modernos de España nos deben un Teatro.

No cito nombres; pensad cada uno en vuestro poeta. ¿No creéis que sus obras de teatro—no digo teatrales—serían una delicia espiritual para los que ya estamos hartados de oír en el teatro las mismas vulgaridades de este vivir prosaico, ese Teatro en que hablar gramaticalmente ya es falsedad; y decir lo que se piensa, atrevimiento; y decir lo que se siente, lirismo. ¡Poetas de España, yo, que daría todas mis obras por un solo soneto de los vuestros, os lo digo con toda la verdad de mi amor a la poesía: venid al Teatro.

Os necesitamos para despertar la imaginación del público, tan cerrada, tan dormida, que ya hasta la misma realidad le parece falsa si no es tan insignificante como lo es la vida para el que sólo lleva en los ojos una lente de máquina fotográfica sin un alma dentro. **Jacinto Benavente.**

A UNA COQUETA

Ayer vi una mariposa
De finísimos colores.
Volaba por el jardín,
Entre lirios y entre flores.
Era, como tú, menuda,
Voluble y hasta coqueta;
Y, como tú, se reía
De mis sueños de poeta.

—Mariposita
Bonita,

Ven, no me seas ingrata—
Decía yo aquella noche,
Toda bordada de plata.
Volaba la mariposa;
De mis sueños se reía...
Iba de una en otra rosa,
Y yo, con dolor, veía
Que era como tú de hermosa
Y era como tú de fría.
Y comparando a las rosas
Con las almas de los seres,
Aquella noche creía,
Lleno de melancolía,
Que sois también mariposas
Las mujeres.

César Gallo.

ATERRADOR

¿Me conocéis?... Yo soy el príncipe de todas las alegrías, el compañero de todos los goces mundanos, el mensajero de la muerte, el príncipe que gobierna al mundo. Yo estoy presente en todas las ceremonias, y ninguna reunión tiene lugar sin mi presencia. Yo fabrico los adúlteros; hago nacer en los corazones los pensamientos criminales; mancho los hogares; soy padre de los sin padre; enveneno la raza; traigo el envilecimiento, la depravación, los suicidios, la locura, el crimen en formas inimaginables. Yo acabo con las familias; persigo a los abuelos en los nietos; hago perder la vergüenza, la dignidad, el honor, la buena educación. Yo corro un velo sobre los ojos, sobre la conciencia, y hago aparecer el crimen como venganza, la abyección como pasatiempo, la inmoralidad como entretenimiento, el adulterio como conquista galante. Yo he ganado más victorias que Alejandro; he uncido más pueblos a mi carro que Roma; he asaltado más ciudades que Atila. Yo hago que los maridos se rían de la infidelidad de la esposa ajena, trabajando, ¡necios!, por la ruina de su propia esposa; por mi causa, los jóvenes y los viejos se divierten haciendo epigramas contra la moral. Yo hago los diputados, obteniéndoles votos para que hagan leyes que aumenten mi reino, que es de toda la tierra. Yo aspiro a convertir el mundo en un hospital, en un manicomio, en un circo donde estén encerrados tigres, asnos, puercos, halcones y buitres; quiero sangre, desolación, ruina, liviandades, rencores, guerras, desesperación y blasfemia. Yo nazco en todas partes; conozco las frías regiones de la Laponia y Siberia, las ardorosas de Egipto e Italia. Yo tengo origen en el trigo, el arroz, el maíz, la cebada, el jugo de la uva, la vid, la leche de yegua; mi patria es la tierra; mis esclavos, los hombres; el que me envía, el príncipe del mal. Yo sé que me conocéis, pero no queréis nombrarme porque todavía os resta el pudor de los nombres, ya que habéis perdido el de los hechos. Yo soy vuestro rey. Yo soy... el alcohol.

Cátulo Mendes

LITERATURA

El pecado de ser bonita

por F. FERRANDIS TUR

(Continuación.)

—Hoy has llegado muy tarde.
 —Se me apegaron las sábanas. Hace un día tan triste.
 —Ha venido el señorón aquél; no andará muy lejos.
 —Quién, ¿el viejo de las rosas?
 —Sí, el que te quiere tanto.
 Amparito rió a carcajadas al oír aquellas frases.
 —Vaya con el señor enamorado; es más viejo que Noé.
 —En cambio tiene buenas onzas.
 —Pues que vea dónde las guarda, no sea cosa que se le apolillen.

—Chica, alguna le quisiera.
 —Pues de buena gana hago el traspaso.
 Suspendieron la conversación para servir a dos parroquianas que se acercaron.

La plaza de Castelar, tan solitaria antes, tan fea, había adquirido hermosura y tránsito, debido a los puestos de flores que habían colocado para venderlas de sol a sol.

Cada florista tenía su clientela, y, por consiguiente, la confianza del trato.

Las fámulas, al lado de los estudiantes o soldados, hacían irrupción por las mañanas; las modistillas solían ir a la salida del obrador, bien a mediodía o por las tardes, cada cual acompañada del novio, escribiente u hortera. Y cuando se acercaban al puesto de Amparito, las servía sonriente, sin envidiarlas la felicidad de verse al lado de su galán; ella también lo tenía, y estaba segura de que, en cuanto saliera del trabajo, iría a verla, allí, y respaldado sobre el árbol que daba grata sombra a su puesto, fumando cigarro tras cigarro, le contaría lo de siempre: la obsesión de casarse en cuanto tuviera reunidas unas pesetas.

¡Cómo iba, pues, ella a envidiar a quienes venían a tener lo mismo que ella!...

II

—Deme usted seis rosas que se parezcan a usted de preciosas.

—Qué más quisiera una, semejar a ellas.

—No sea tan modesta; su cara vale más que el rosal más precioso.

—Dios mío, y qué guasa nos trae este señor.

Amparito pronunció estas palabras, mientras entregaba el ramo de rosas al cincuentón aquél, que todas las mañanas acudía al puesto de la joven a comprarle aquel pequeño ramo, creyendo que, con las rosas, podría llevarse un pétalo de la vendedora.

Pero Amparito amaba, y no quería gastar bromas con nadie, y a nadie contestaba cuando la requerían. No quería ser ella como esas mujeres que, teniendo novio, seguían con otros conversaciones más o menos insultas. Su corazón sólo pertenecía a un hombre; que nadie, pues, fuese a buscar en él nada, que nada encontraría.

Don Cosme—nombre que el mismo señor revelara a la joven florista—no era impertinente; era pulcro, afable y rico, a juzgar por su gruesa cadena de oro macizo, su reloj del mismo metal y las sortijas cuajadas de piedras finas; parecía querer a la joven, seguramente sin ningún mal fin, pues jamás se propasó en lo más mínimo, y la trataba con muchas consideraciones.

Don Cosme creía haber encontrado la mujer que, exenta de ridículos perifollos, sin alma ambiciosa, amante del hogar, podría endulzar con sus caricias y sus sonrisas el resto de sus días.

Y sentado en el mullino butacón del círculo donde concurría todas las tardes, envuelto en la densa nube de su cigarro,

reposaba su vida de continua lucha, de continuos sufrimientos. Y no porque luchase, luchase, y sufriera más, era su historia menos vulgar que la de otros que, como él, subieron.

Desde los catorce años que entró de aprendiz en una droguería, hasta los treinta que montó una por su cuenta, trabajó lo indecible; primer para que no le faltase aquel sueldo, del que comía mal y vestía peor, para poder ahorrar unas pesetas. Sufrió mucho durante su estado de dependiente. Se lamentaba continuamente de aquel servilismo, de aquella hipocrésia que tenía que desplegar con los clientes, exigentes y mal educados, unos; impertinentes y pedantescos, otros; pero aquello no era nada; nada venía a significar comparado con las vulgares e injustas recriminaciones de su jefe, sanchopáncesco. Y era porque, al igual que en todo despacho, taller o comercio, había seres que su única ambición consistía en hacer daño a sus compañeros, delatándoles de cosas que no habían hecho, o que el mismo delator efectuaba.

Era un espionaje ramplón, una lluvia de injusticias caídas sobre el dependiente, a veces ignorante de todo, y al que más le tocaba la espalda repitiéndose amigo, era el traidor. Corrían siempre aires alevés.

Luego, una vez dueño, las cosas cambiaron; si antes sentía temor ante una injusta despedida por aquellos aires de fronda, ahora sentía terror, un terror sólo comparado al pánico. Creía siempre no poder salvar sus compromisos contraídos, llegar a una ruidosa bancarrota, exponer su pequeño capital a la voluntad de alguien, para él ignoto. Bien era verdad que las casas bancarias le ofrecían créditos; pero a aquellos mismos créditos era a lo que él temía, ya que cobraban un crecido interés, que venía a mermarle las ganancias.

Cuando tenía que renovar una letra se le paralizaba la sangre en las venas, y su humor se avinagraba de una manera harto manifiesta, y era luego, una vez pasada la racha, cuando reconocía que obraba mal, al amonestar a su dependencia, y re-

cordaba igualmente cuando él era corregido bruscamente.

Pero, poco a poco, con lentitud parsimoniosa, vió cómo iba creciendo, aumentando su pequeño capital, y en su pecho fué renaciendo la calma, fueron amartiguándose las agitadas pulsaciones de su corazón, oprimido siempre por la terrible duda aquella.

Y pasóse los mejores años de su juventud detrás del mostrador, siempre con la idea fija de llegar a crearse de lo que un día vió convertido en realidad. Y llegó a sus cincuenta sentado en el bufete, firmando, computando, siempre con miras a acrecentar su capital.

Pero un día frío de enero, uno de esos días crueles, crudos, de intenso frío, que entumece los miembros del cuerpo, al retirarse a casa, en la soledad de aquellos cuartos austeros y fríos, como la parca, sintió por vez primera el doble frío de su soledad; se vino a dar exacta cuenta de lo solo que se encontraba, de la vida convencional que hacía, y entre aquella soledad y aquel frío que le envolvía, recordó su historia, la vulguérrima historia de su vida, su vida de lucha continua por la única ambición que le dominaba: la posesión de oro, mucho oro, a fin de ser hombre; del oro que le debía dar y permitir satisfacer todos los goces, menos uno: el que hoy, a los cincuenta años, echaba de menos: el amor, el sagrado fuego del amor... Y una pena intensa invadía su corazón estéril para el amor, y sentíase compasión a sí mismo, porque buscando en la vida lo que podía prescindir, la acumulación del oro, no supo buscar el otro tesoro, el vellón que hoy echaba de menos y que ya jamás podría recuperar.

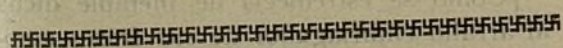
Pero era rico, y podría comprarse el amor; amaría, amaría, con loca pasión, como corresponde a un primer amor. Pero la mujer que a él amara no amaría a él; no se uniría a él por su persona; sería a su oro, a la ilusión de su vida, al único afán que tuvo, y sería aquello la venganza que le reservaba el Destino, porque olvidara su otra ilusión, el verdadero ideal, que es la mujer conquistada, la mujer que

se une a nosotros y se nos entrega confiada, segura de nuestra superioridad..., la mujer que con sus caricias nos hace olvidar los momentos malos que tuvimos durante nuestro cotidiano batallar; ese tesoro que vale más que toda la riqueza que pueda haber en el mundo, y que nos ayuda a sobrellevar nuestra vida de dichas y alegrías, de privaciones, si las hubiera...

Dos Cosme era rico y tendría la debilidad de comprar una mujer; es decir, hacerla suya; compraría el cuerpo virgen de una mujer y abandonaría, era necesario, lo principal: el alma.

Más valiera que desistiese de su empeño; la mujer no es un objeto que se compra ni se subasta.

Recordaba entonces las discusiones, algunas veces acalorada, que sostuviera con un amigo suyo, cuando joven, siempre se había condolido de lo mal que trataban a las mujeres. El las quería libres, cultas, sin coqueteos inútiles ni aquellos perifoneos que sólo contribuían a que el hombre se fijase en su cuerpo, sin que sondeara su alma.



Apostillas a unas teorías

¡Pues señor... buena se va a armar en muchas casas cuando lean—menos mal que la gente lee poco—la opinión sustentada por el sabio Ramón y Cajal en uno de sus libros!

Yo, que no lo había leído hasta hace pocos días, me quedé de una pieza.

La teoría sustentada por don Santiago es para bajarle los humos al más infatuado don Juan; cuando éste llega a la conquista de una mujer casada, puede decir que ha perdido el tiempo; él, el conquistador, no pone más que lo **superfluo**; el marido, por ley incontrastable de la fisiología, es el dueño y señor de la progenie, aunque el don Juan fuera su contemporáneo. ¿Está claro? ¡Bueno!

Hasta aquí no va mal; al que se mete en terreno vedado le están bien estos desengaños; pero lo peliagudo es el caso del

inocente soltero, o del incauto viudo, que se casan con viudas sin hijos, o con solteras que tuvieron... un resbalamiento, porque ¿qué dirán ustedes que ocurre? Pues que aunque sea a largo plazo, los hijos resultantes de la nueva unión tienen más del autor del primer desaguado que del segundo, siendo, por consiguiente, más hijos de aquél que de éste.

Así se explican muchas anomalías que se observan a veces en los matrimonios de viudas con solteros y de éstos con solteras sin azahar... ¡Qué chico éste! Suelen exclamar los padres del vástago, reñendo de él por cualquier cosa. ¡No sé a quién sale! Agrega el marido, cándidamente. ¿A quién sale?... ¡Al otro!

De aquí que muchos niños cuyos padres son graves y reposados, salgan dislocados y perturbadores; que otros no se parezcan físicamente a ningún individuo de la familia paterna, y, finalmente, que haya niños que, amando intensamente a la madre, sientan una tibieza, casi indiferencia por el padre.

¡Buena la ha hecho Ramón y Cajal con sus teorías! ¡Tantos que se creían orgullosamente padres, y que lo son a medias... o a terceras, porque, según otra teoría del mismo sabio, la madre, y no el padre, es la que pone mayor cantidad de elementos en el hijo!

La verdad es que resulta duro que le despojen a uno de la categoría familiar que creía tener, y que argumentando científicamente, le demuestren a uno que 2 más 1, son tres, y que de 3, menos 2, **uno** no es más que 1.

Yo, por sí o por no, no me casaré con viuda ni con soltera en plan de necesitar reparación... ¡Pobre de mí! No querría ser en el succulento guiso de ternera con jamón, la modesta hojita de laurel, o el sazónador puñadito de sal gorda.

Luis del Campo.

SEXUALIDAD

no te pide seas casto, sino cauto, para una mejor descendencia.

El cuento de la semana

A pesar de su dolor...

Callaba. Ella, medio llorosa, con los ojos fijos en el suelo, procuraba no dar a conocer los diversos sentimientos que embargaban su alma; pero, pese a sus esfuerzos, unas lágrimas traidoras empañaban sus pupilas. Callaban. Nada se oía. Solamente la respiración fatigosa de ella, que en un suave estertor agitaba su pecho, osaba turbar este silencio, predecesor de graves resoluciones.

Al fin, ella, haciendo un esfuerzo sobre sí y apretando los dientes, como si temiera que al abrirlos escapáranse por ellos los sollozos que a su garganta se anudaban, murmuró, con palabras que más parecían suspiros:

— ¡Me lo pudiste decir antes!...

Un latigazo que en pleno rostro hubiera recibido no habría causado en él la terrible impresión que esta frase le produjo; la cual, adentrándose por los oídos, desgarrando y quemando todo cuanto a su paso tocaba, fué a clavársele en lo más profundo de su corazón.

Sí...; esta era su falta...; este su error... Pero bien sabía Dios que no había obrado con malicia, que no había habido mala intención en sus actos. El no esperaba haber llegado nunca hasta ese extremo; pero las cosas se habían ido ligando, los hechos se enlazaron...

Fué un día triste y nebuloso del otoño cuando la conoció. Su esbelta figura, la gracia de su rostro y, sobre todo, su lánguida mirada, triste y melancólica, demostrativa de la suave exquisitez e inocencia de su alma, cautiváronle desde el primer instante, y fueron causa de que Amor, vivaracho y entrometido, tendiera sus redes, diligente, dejándole prendido para siempre en un lazo dulce y embriagador.

Fué un día triste y nebuloso del otoño... Insensiblemente su alma sintióse desde el primer momento arrastrada, impelida hacia la de ella, que al beso suave del amor, abrióse sumisa y radiante, como se abre

ante la caricia insinuante de los rayos solares la corola de una flor.

¡Y ésta era su culpa... y éste el motivo de su gran dolor!...

Cierto que él había hecho latir aquel corazón ingenuo e inocente, por primera vez en la vida. Ciertamente que él, musitando en sus oídos juramentos celestiales, dejando escapar su alma por entre los labios con promesas inefables y palabras llenas de emoción, cogidas sus manos temblorosas, mirándola a los ojos con unción, había encendido la primera chispa del amor en aquel pecho virgen; pero jamás imaginó que esa chispa, que tan insensiblemente había nacido, pudiera convertirse en llama turbulenta, en volcán incandescente, que arrastrase, envueltas en sus lavas y cenizas, las llamas más ardientes de su corazón.

¡Cómo se estremecía de inefable dicha al arrullo embriagador de sus frases amorosas, y qué mirada la de sus ojos al sentir diluirse en su alma las ansias sublimes del amor!

¡Y con qué delectación se entregaba toda entera a su cariño!...

Cuando se dió cuenta, ya era tarde; vió la inmensidad de su desgracia y quiso evitarla en lo posible; pero el temor de que esto pudiera causarle a ella algún pesar hízole seguir aún un poco tiempo.

Y esto era peor; peor, sí, mil veces. ¿No avivaría el paso de cada día la pasión que había engendrado en aquel corazón que, sin querer, había moldeado a su capricho? Su actitud, sus frases, sus actos todos, ¿no alimentarían la llama del amor que había encendido en el pecho de la niña ingenua e inocente para quien eran completamente desconocidas, antes de habérselas él revelado, todas las intranquilidades y todas las satisfacciones, las preocupaciones y las alegrías, la dulzura y el dolor, los encantos todos, en fin, que en

si encierra la vida inquieta y suave del amor?

Una lucha terrible entablóse en su pecho, y, al fin, se impuso una solución.

No quedaba otro remedio, pues no podía continuar dando pie con su pasividad y su silencio a que aumentara la pasión de aquel amor imposible.

Su dignidad y caballerosidad y hasta su mismo amor, a ello se oponían. Había que tener la valentía de mostrarse tal cual era, de poner el alma de relieve en toda su integridad, con sus virtudes y sus pasiones, sí; pero también con las obligaciones que pesaban sobre ella y que le ordenaban rechazar su único deseo, su más bella ilusión. Había que desgranar, una a una, todas sus ansias, toda su vida, y mostrarle, cual una ascua encendida, el rubí de su corazón.

Había que abrir el pecho a todas las vicisitudes y hacer como un ídolo de su dolor profundo, en cuyo altar ofrendaría, en terrible holocausto, las joyas más preciadas de su más ardiente pasión.

No quedaba otro remedio. Había que decirle que entre ambos se cruzaba, como una barrera infranqueable, la sombra de su padre muerto y la vida de aquella ma-

dre y hermanos, pobres seres, que sólo a él tenían en el mundo y a los que juró dedicar todas sus actividades.

Había que hacerle ver la imposibilidad en que estaba de quererla, de adorarla, de venerarla como ella se merecía, y con las ansias que su misma alma deseaba. Había que decirle que la faz serena y tranquila a veces, y a veces hosca y descolorida del deber, se interponían entre él y su amor...

Y con el corazón acongojado, y llenos de lágrimas sus ojos, y mordiendo los sollozos que desgarraban su garganta, y sintiendo como si con cada palabra que sus labios pronunciaban escapárasele un pedazo de su vida, se lo dijo, dando motivo con su noble proceder a que en un horrible zarpazo desgarrase sus carnes aquella frase sencilla:

—¡Me lo pudiste decir antes!...

Sí; esta era su falta; éste el único delito, del que tanto la amó!...

Y viéndola alejarse lentamente, pausadamente, envuelta por las sombras de la noche que se acercaba, notó que a la vez que las lágrimas a sus ojos, una serena calma invadía su espíritu, y sintióse feliz... ¡a pesar de su dolor!...

Luis Ballesteros.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. que vive en
 provincia de calle núm. se suscribe a
SEXUALIDAD por un (1) cuyo importe de pesetas
 envía por Giro postal.

de de 1926.

Firma

Redacción y Administración:

Alcalá 53.—Teléfono 27-61 M.
 MADRID

(1) Año, semestre, trimestre.

A una joven rica y feliz

¿Nunca te ha sucedido en una fiesta,
rebotante de júbilo y de risas,
sentirte presa de una inexplicable
honda melancolía?

¿No sentiste el deso de alejarte
del alegre bullicio unos momentos,
y a solas, olvidada de las gentes,
evocar los recuerdos?

¿No supiste escuchar, entre la música
que llegaba hasta ti, sonos extraños,
que, a las notas mezclados, parecían
tristes ecos de llanto?

Es posible que no; no ha destilado
la vida aún para ti su amargo deajo;
aún en tu corazón no abrió, adorable,
la flor del sentimiento.

Yo sé mirar al fondo de las cosas,
mientras tú ves la bella superficie;
y, a mi pesar, con su tristeza sufro,
en tanto que tú ríes.

Yo supe comprender toda la angustia
que en los días de duro invierno sienten
los desdichados sin hogar ni abrigo,
cuando ven que el sol muere.

Cuando un ciego, a un violín, arranca
[notas
de música bizarra o de alegría,
siento mis ojos arrasarse en lágrimas
de una pena infinita.

Y cuando un pobre niño mira ansioso
un juguetito o una golosina...
¡siento envidia de ti, de tu Destino,
que te hizo nacer rica!

Estas penas, de angustia resignada,
te rozan al pasar, sin conmoverte;
tú la amargura de estas vidas miras
riendo alegremente.

La carcajada es casi siempre insulto
que a la tristeza lanza el egoísta;
no sé... pero al mirarte tan alegre,
¡me da miedo tu risa!

Tú, que la dicha tienes, no la ostentes
ante aquellos que nunca la alcanzaron;
modera tu alegría ante los ojos
nublados por el llanto.

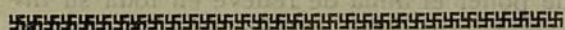
¡Inútil ser el que piedad no siente
al contemplar en otros las desdichas;
estéril corazón el que no supo
sentir melancolías!

Tu corazón por nada se conmueve,
porque el dolor no le clavó su dardo;
sólo sabes reír; aún no conoces
la ternura del llanto.

El día en que, al dolor, trémula vibres,
la compasión florecerá en tu alma...
¡y habrá que bendecir la desventura
que te hizo ser humana!

Rosa Canto.

Leída por la señorita Canto en uno de
los mítines sanitarios.



Dialogo en un soliloquio

El sol resplandece; oro bruñado, el sol
descendiendo a la tierra, y un cielo limpio
y azul que engarza en las almas el anhelo
de purificación y en los cuerpos el deseo
de vida, de ser eternos en la momentánea
manifestación.

La ciudad tiene jardines. Es la ciudad
el vergel mediterráneo, la diadema del
«Mare Nostrum»; es la otra Grecia escondida
entre naranjos y palmeras y saturada
de esencias de azahar y de jazmín la
que cobija a Juan María, en donde siente
el meditativo pasar de los días con sus ale-
teos de seda, rozando la epidermis de su
alma sensitiva e hiriéndole en ella al con-
templar su nulidad.

Y he aquí, entre macizos—donde el arte
y la naturaleza, unificados, elevan su ple-
garia al todo creador—que deambula Juan
María y entabla sus soliloquios; donde con-
versa Juan María con los opuestos perso-
najes que en todo racional tiene albergue
y que se disputan la fuerza de la mate-
ria para que obre, según su supremacía,
según su voluntad.

Y dice la una retozona voz:

—Entiendo, Juan María, que eres pe-
simista, pesimista en extremo; pero, ¿y
no ves la luz, no ves el sol? Y dime, Juan
María: ¿dónde crees tú que podremos lle-
gar con tu manera de ser?

—Hombre, por Dios—dice otra voz—;
es querer alejarse de la realidad pensar así;
no es pesimismo lo que invade a Juan Ma-
ría; eso que tú dices pesimismo no es sino
el claro reflejo de la realidad; ¿quieres de-

cirme qué contraste en la vida que dignifique, como estos pensamientos pesimistas de nuestro comentado? ¡Si todo es un verdugo que mata y destruye la sanetud! ¡Si no hay piedad en nada! ¡Todo es perverso... y hasta la Naturaleza, como espectador, que no le importa nada de nada, con el convencimiento de que aquello destruido podrá volverle a crear!

—Pesimismos, pesimismos—dice la primera voz—; pesimismos contraproducentes para la vida material; no en vano fué creado el cordero y el lobo; dejemos a cada cosa en su lugar; sólo con la alegría, con la despreocupación—dice la ciencia—, se consigue la sanetud; tus tristezas, las tristezas de Juan María, son elevadoras, sí; quitaesenciadoras del espíritu; pero traen la desolación; traen el dolor que destruye al cuerpo y por ende quien quita vida al alma.

Cae el sol como oro bruñido desde el cielo; en el jardín corretea la vida (por la infancia) sin los pensamientos pesimistas destructores de la existencia. Como mariposas inquietas, son los pequeñuelos que se recrean en el jardín, y reacciona el pesimista, el que se saturó de pena por la escoria de la vida y el que se renace ahora haciendo de su anterior criterio como rebo-cación.

Casi tienes razón, optimista; casi es como tu reflejo la existencia, y por esta sumisión de aquella otra voluntad, que queda atento Juan María ante la contemplación de la ingenuidad, de aquella ingenuidad tan respetable y tan santa de la infancia que discurre por el jardín esparciendo, como aromas de virginidad y alegrando con sus vocécitas de pájaros cantores...

Es el cielo bruñido y azul, la cúpula del templo, y en la tierra, en el jardín, los querubes, y Juan María está en ese templo, con el alma de rodillas.

II

Juan María es despertado de su oración con brusquedad; ha pasado la ráfaga traidora por junto a él.

Fué su aquietamiento aquél; aquél su adorar, como la resurrección en los días en que a la pascua, ingenuamente, santa-

mente, celebró con alegría la resurrección del cordero pascual.

Y pensando cómo Judas vendió al maestro, ve Juan María cómo se acerca, cómo pasa por junto a él la representación de la sierpe, de la ponzoña, de lo rastrero de la vida...

Un momento nada más para sacudirse la pesadilla; ya está lejos el otro, el cuervo, la alimaña que apacentó cariño, y amor, y amistad, y ahora llena falsamente de escrementación a la casa donde le dieron amistad; a las almas que le brindaron hermandad; a los pechos en que albergaron con santidad su recuerdo.

Ha sido un momento en que lo nefasto se adentra en la mente; pasa la nebulosa, y cae el velo santificado, y otra vez la voz convencida exclama arisca:

—¡Pesimismo! ¡Pesimismo!... ¡Realidad! ¿Tú lo ves, Juan María? Siempre es Judas el que triunfa, el que vence.

Y contesta Juan María, o por la otra personalidad oculta dentro de su yo:

—Cállate, cállate. Si es de su saliva que ha de brotar el germen de la redención; si sólo por la muerte de los redentores ha de ser la remisión; nada importa un guijarro más en el camino; avanza, Juan María; dignificate, elévate. Aun a pesar de Judas, por el mismo Judas, para enseñar a su sucesor, elévate por sobre las miasmas; no dejes que te saturen; haz que sea su escoria para que brille el sol de la verdad.

Todo se ha aquietado dentro de Juan María; sólo en su labio surge una piadosa sonrisa, y en sus ojos brilla como una fulgente luz.

El cielo es azul, bruñido; sin una sola mancilla, el sol resplandece; oro candente, descendiendo a la tierra. Va adentrándose la tarde...

Y Juan María, a pesar de Judas, por el mismo Judas, se sabe fuerte; se siente en posesión de aquello santo que dignifica, y canta un poema de Resurrección.

José Gracia Lacueva.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

LÍNEAS

Cosas de la «Star».

Siglo XIX.—Cuando no tengas dinero, «pégate» un tiro. Cuando lo tengas, si ERES, «pégate» dos.

Siglo XX.—Sin dinero, y con dinero SIENDO, no me «pego» tiros.

Soy Soldado de la «Invencible Corrección», y quiero llegar a Capitán General.

¡Viva la Inteligencia y la Voluntad en estrecha y comprendida unión!

«Foot-Ball».

Siendo espectador, me complacía en tirar perdigones con un pequeñito tirador— fácil para disimularlo— a las desnudas pantorrillas de los jugadores no deseables para mí.

Hoy, que soy jugador, pido enérgicamente a las autoridades castigue severísimamente a los autores de tan canallesco y repulsivo hecho.

Burgos Lecea.

OFRENDA

Esa mujer que has visto, cuya contemplación te ha causado hondo horror, enturbiando por un momento con visiones de desgracia tu natural optimismo, tiene una historia sin complicaciones, pero interesante, plagada de enseñanzas provechosas, que sería preciso recoger y mostrar ante dislocadas cabecitas, como valladar para sus inconsciencias.

Esa no vieja, sino envejecida mujer, cu-

yo rostro arrugado y carnes flácidas se doblegan ante el frío de la implacable noche, acaba de traspasar la media carrera de su vida.

Si el Destino no hubiese tomado su persona para representación de lacras vivientes, sería ahora una hermosa dama, prodigando sus caricias en el cálido hogar, con el cariño de un hombre y el amor de unos hijos rubios, chiquitines y graciosos, que harían de su existencia una cosa útil y bella, digna de prolongación, para deleitarse en el amable panorama del hogar feliz de los padres enamorados y los hijos de risitas dulces, que embalsamarían de dicha su ahora aterido corazón.

Pero todo ello lo ve esta mujer reflejado en lo más íntimo de sí. A veces se penetra de tal modo con sus ensueños, que llega a palparlos con el alma, cual si fuesen realidad.

Siente entonces estremecimientos de dicha y escalofríos de contento, que ruedan por su ser.

¡Con cuánto gusto vería en uno de estos instantes la negra guadaña segando su vida, acabando con la suma de sus dolores, haciéndola morir con las ricas joyas de estas bellas ficciones, como un tesoro, el único heredado del mundo, que ella apretujaría contra el pecho, por temor a la voracidad de todos, que pretendería arrancárselos.

Pero los momentos de ilusión son escasos; la implacable realidad la empuja a la vida a desempeñar su papel de paria eterno, y desarrugando el ceño pensativo, son-

Laboratorios Ibero-Americanos Puy

GENITONAL

Extracto total de los lipoides de las glándulas seminales
al 50 % cerebro 2 % y medular 25 %.

FORMAS } Extracto glicerinado.
 } Graceas.
 } Inyectables.

Impotencia. :- Agotamiento nervioso. :- Debilidad muscular.

rle y piropea al transeunte, ofreciéndole el señuelo de sus marchitos encantos; mas el caminate pasa con indiferencia a su lado sin importarle la dorada tragedia, no suponiendo que al cruzarla en el camino ha pasado ante una ermita del dolor y del desengaño; ante una vida rota que quiere realizar el milagro de reconstruirse, para poder atrapar con engañosa y melancólica sonrisa al que continúe la demoledora obra de seguir empujándola por la inmundada pendiente.

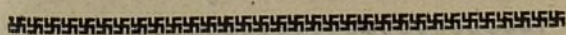
¡Salve a ti! ¡Oh, mujer incógnita!, que en las turbias noches del helado invierno ofrendas, desde una esquina, al huraño pasajero la rigidez de tu figura cadavérica. En ti yace una juventud que se apagó al soplo impetuoso del huracán, que tu alma endeble no pudo resistir.

El precipitó tu ser en la desventura, y otros más, en lugar de remediar tu caída, pusieron sus impuras manos al servicio de la canalla obra, alejándote hasta el infinito de aquella candorosa muchacha que no supo distinguir entre la bruma de bellas palabras la cobarde intención de un malvado, y te ves a ti misma en tu juventud, como se recuerda a una hermana pequeña que desapareció del mundo, legándonos el recuerdo de sus caricias.

¡Mujer mártir, que vas caminando sin más compañía que la mofa y el desprecio, viéndote arrinconada en el infierno de las bestialidades, recoge ante tus plantas esta piadosa ofrenda, que humanitariamente he formado para ti!

Juan Nogales.

Madrid, 14 de abril de 1926.



ENVIDIA

A los atormentados por uno de los siete peccados «capitales», llamado «envidia».

La envidia es, por excelencia, uno de los defectos que más ha castigado a la humanidad. Si nos remontamos a los tiempos del «Génesis», vemos cómo Caín da muerte al candoroso Abel, su hermano, subyugado por el tormento que en su espíritu causaban las múltiples virtudes de que estaba adornada su alma.

Si registramos en las páginas de la Historia de todos los pueblos los movimientos que los convulsionaron, llevándoles a la miseria y restringiéndoles más tarde la expansión territorial, veremos al fantasma de la envidia entorpecer con sus maquiavélicos instintos la marcha de todos los asuntos humanos.

Si nos fijamos un poco, se encuentra penenne, y a la expectación de envolver entre sus garras vidas y honras, cuando éstas están ligadas a todas las manifestaciones del progreso humano.

Los que se placen en causar envidia no pueden dudar del carácter ponzoñoso de esta pasión.

Ella humilla, abate y agria los caracteres. Una vez alojada en el alma se apodera de ella como la mala hierba se apodera del campo mal cultivado.

Anula por donde pasa la acción de las buenas semillas. Mata con su contacto los sentimientos de justicia, de benevolencia, de simpatía, como agostan la fronda los vientos del desierto.

Funesta a la dicha individual, lo es más a la dicha colectiva. Porque la envidia engendra odio; éste, a su vez, exaspera y paraliza la voluntad; destruye, además, todo sentimiento de solidaridad y compañerismo.

Las luchas sociales dimanar con bastante frecuencia de la miseria efectiva de los pobres, motivada por la venda de la indiferencia, que a veces pone la envidia en los ojos de los ricos.

Los corazones en que anida este fantasma no pueden tener momentos de sosiego, ni de tranquilidad de espíritu; constantemente se ven asacados por remordimientos íntimos y desgarradores deseos de venganza, que exteriorizan lanzando sus dardos al florido campo de todos los que tienen la dicha de estar en posesión del fantástico joyel que forman entre sí las virtudes humanas.

José García Ruiz.

La taberna, la chirlata y el lupanar deben abolirse.

Semana cinematográfica

Pues señor... difícil tarea es la nuestra, si queremos cumplir honradamente nuestros deberes de críticos libres y, a la par, de patriotas, ya que la semana nos dió ocasión de conocer varias producciones españolas.

Zarzuelas, comedias, dramas, se adaptan al arte mudo, sin que los explotadores de la producción nacional se convenzan de que la novela española reúne condiciones inmejorables para ser consultada, cuando de proyectar argumentos se trata. Esta es cosa que nunca hemos podido explicarnos, pues las dos cintas nacionales **cumbres** se han adaptado de sendas novelas llenas de interés, emoción y realismo. Y conste que no nos referimos al «match» de puñaladas con que nos obsequió recientemente un cronista de Madrid, poniendo en ridículo a los que tuvimos la desgracia de ver la luz primera en esta tan maltratada villa y corte.

El teatro, todo acción y pureza de lenguaje, no puede ser transportado a la pantalla sino después de haber convertido su trama en la argumentación de la novela. Así y todo, es preciso rodar metros y metros de película integrados por cartelas in-

terminables, diálogos sin sustancia, que fatigan al espectador, haciendo que se aparte del desarrollo de la acción, y consiguiendo con ello que se pierda el interés. La novela, en cambio, estudiada y vista previamente por el autor en lugares vividos, en tipos existentes, reúne todas las condiciones apetecibles para su triunfal entrada en el terreno del séptimo arte. Esto que decimos, o mejor, repetimos, lo sabe todo el que en España dedica sus actividades a la cinematografía, y, sin embargo, no lo lleva a cabo. ¿Por qué? Es una incógnita que no se verá despejada hasta el final de esta serie de prueba por que pasa actualmente la industria nacional.

SALON DORE

Santa Isabel, 3 y Atocha, 60.—Teléfono

número 4.330-M.—MADRID

Todos los días, grandiosos programas
americanos.

MUY EN BREVE

MUY EN BREVE

OTRA GRAN PELÍCULA ESPAÑOLA

LAS B.....S?

Será estrenada en uno de los principales cinematógrafos madrileños

No lo dude usted :: SERA OTRO ACONTECIMIENTO :: No lo dude usted

Ayuntamiento de Madrid

La semana teatral

INFANTA ISABEL.—«Las de Abel», comedia escrita por los señores Alvarez Quintero.

La falta de espacio nos impidió ocuparnos en el número anterior de todos los estrenos celebrados el Sábado de Gloria. Teníamos que dejar alguno para el número siguiente o limitarnos a unas pocas líneas. Optamos por lo primero, pues lo segundo habría sido una descortesía para los autores.

Obligados entonces a retirar alguno, nos pareció acertado el del Infanta Isabel, ya que sus autores no podían sentirse postergados ni molestos por esta eliminación. Su fama bien ganada los tiene siempre colocados en el primer lugar, aunque vayan los últimos.

Esta circunstancia me permite ocuparme con más amplitud de dichos ilustres autores y de su obra «Las de Abel», en particular, y de otros autores y otras obras en general.

«Las de Abel» es una comedia bastante peor que unas y bastante mejor que otras de los mismos autores. Ya se sabe que por mala que sea una obra de los Quinteros, siempre tiene algo bueno. Hay veces que lo bueno es tan poco, que no basta para obtener éxito, pero sí para conseguir aplausos. Así ha ocurrido ahora. Han conseguido aplausos, pero no han obtenido un éxito; han triunfado, como siempre, en la parte cómica; han fracasado, como casi siempre, en la parte sentimental.

La comicidad de unas escenas del segundo acto hicieron que éste, tan largo como el primero, no corriera peor suerte que el con que empieza la comedia. El último, también debido a las primeras escenas, construídas y logradas inmejorablemente y con el gracejo de que los hermanos Quintero saben dotarlas, no fué protestado. Algo contribuyó a estos aplausos la interpretación inmejorable que todos los artistas dieron a la comedia.

«Las de Abel» encierran unos tipos muy bien observados y tan bien llevados a la escena, que nos recuerdan que siempre los Quinteros saineteros superan a los Quinteros comediógrafos, puesto que los saineteros buenos son atinados observadores de la vida y maestros en el arte de trasplantar los caracteres y los tipos observados de la realidad al escenario.

En esa diferencia nos hace pensar también el conflicto dramático, único conflicto de la comedia, que se forma en el final del tercer acto, y que los autores no se atreven a abordar, y se salen de él con unas lágrimas y un acto de resignación.

Comparando esta comedia con su hermana anterior, «Las de Caín», se nota la superioridad de aquélla, a pesar del título. Caín mató a su hermano Abel por envidia de su virtud. «Las de Caín» no tendrán que hacer lo mismo con sus hermanas «Las de Abel», pues éstas no tienen nada envidiable para ellas, y se morirán solas, mientras las otras seguirán viviendo en los escenarios. «Las de Abel», aunque ahora alcancen un centenar de representaciones—otras peores las han alcanzado—, no quedarán de repertorio. Y a pesar de esto, ¿todavía se habla de crisis teatral?

Preguntaba un colega, al tratar de este estreno, si se debe el público conformar con que en una obra de dos escritores como los hermanos Quintero sólo sobresalgan unas cuantas escenas cómicas, o si se debe exigirles más; y sobre esto me voy a permitir unas consideraciones acerca de todos los autores en conjunto, no solamente de los señores Alvarez Quintero.

Todo el mundo dice, cree y desea practicar a su modo aquello de que a los que se imponen y cobran caro su trabajo porque han triunfado antes, debe exigírseles siempre mucho y bueno, como si esto fuera posible. No es posible, porque no hay todavía un instrumento adecuado para medir la cantidad y calidad del trabajo inte-

lectual. ¿Cuál es lo bueno? ¿Cuánto es mucho?

La Crítica, que debiera ser el instrumento que midiera y pesara el valor intelectual, ni sirve para esto, ni puede ella sola hacer esa labor. Los autores, si es favorable para ellos, la alaban; si no, la vituperan; el público, «mosqueado» hasta el límite, si coincide con su gusto, la acata, y la injurian si no es de la misma opinión; y los empresarios, atentos solamente a su negocio, son los causantes de ese descrédito de que gozan Crítica y críticos.

No sirve de nada que un crítico diga que la obra tal es muy mala, mientras el público, que a veces ni lee la crítica, lea las gacetas que a precio de anuncio inserta en el mismo periódico el empresario, y que dicen que la obra cual es un éxito y que el teatro está lleno todas las noches. El crítico lo dice una sola vez y con su firma; el empresario lo dice muchas y sin dar la cara, y el público, atraído por los sueltos de Contaduría, va al teatro, conoce la obra de que se trate, y se indigna con Prensa y críticos, siendo solamente el culpable él, que no sabe distinguir el juicio del crítico de la Administración del periódico.

En esta situación, ¿qué podría hacerse para evitar lo que está ocurriendo?

Mejoraría ésta un tanto si los autores, especialmente los consagrados, sacrificaran un poco sus intereses materiales en aras del arte, del público y de su decoro profesional, y no estrenasen piezas teatrales que no correspondieran a su fama. Se comprende que un autor novel presente al público, en cuanto tenga ocasión, una producción suya, aunque ésta ofrezca algunos reparos; pero no es comprensible que esto lo haga otro autor ya aplaudido y consagrado, y que su comedia tenga tantos o más defectos que la del autor que estrena por primera vez. Para eso más vale que se quede en casa y deje un lugar vacante para los que estén más necesitados que él y para otros, llenos de entusiasmo, que quieran probar fortuna.

¿Por qué no se prueba a mandar las obras a los empresarios como se envían a los concursos y juegos florales? La obra

en un sobre sin nombre ni indicación del autor y en otro sobre el nombre de él, sobre que no se abriría hasta después de la tercera representación. Ejecutado esto con toda la honradez y maralidad posibles y suprimidas las entradas de autores y «claque» otro gallo cantaría. La crítica se haría sin prejuicios y recobraría el crédito perdido que tanta falta la hace, los autores fracasados quedarían anónimos y los triunfantes lo serían «per se», nunca «per accidens», los empresarios no tendrían los compromisos que ahora, los directores artísticos no podrían achacar los fracasos a los autores y empresarios y no se tendría que agradecer nada a nadie.

Con este procedimiento unos autores no escribirían tanto y otros escribirían más, pero todos lo harían mejor.

Ya lo decían los antiguos: «Intellectus apretatus discurrit qui rabiatur».

CENTRO.—«La máscara y el rostro», tragedia grotesca original de Luis Chiarelli, versión castellana de los señores Fernández Lepina y Tedeschi.

Si alguien hubiera dicho que presenciando una comedia en la que la acción ocurre en una casa donde unas personas esperan la hora del entierro al que han asistido, el público iba a estar riendo a carcajada limpia y sonora, todos hubiéramos negado esa afirmación muy seriamente. El público tiene sentimientos; también la gente del pueblo tiene su corazoncito, y ciertas cosas emocionan mucho. Pero después de presenciar el segundo acto de «La máscara y el rostro» ya no había duda; el «respectable» reía y reía mucho mientras contemplaba el llanto de unas señoras todas enlutadas que daban su pésame a la familia de la muerta. Entonces sí que era verdad eso de que a mal tiempo buena cara.

Una nota puesta en los carteles, que advertía que era una obra atrevida, llevó al teatro del Centro muchas personas que salieron defraudadas. Nada de oso; es atrevida porque no está de acuerdo con el sentimiento de muchas personas, ni con las costumbres de la sociedad española. A esas personas les parecía inverosímil no sólo el acto que en la comedia realiza el marido

engañado de simular el crimen de su mujer, sino el que alguna persona sienta esos sentimientos, y no se darán cuenta de que, no a los parricidas, sino a cualquier individuo que realice un acto violento le quitamos la máscara que cubre su rostro le vemos arrepentido de lo hecho y lamentándolo.

Sin querer hemos casi contado el argumento que, con algunos detalles más naturalmente, encierra la obra que nos ha dado a conocer la compañía argentina Rivera-De Rosas.

«La máscara y el rostro» es una pieza teatral que puede hacer cambiar de convicciones a toda persona que habiéndola visto representar piense después en la moraleja de ella, solo, en diálogo con su alma y concluirán todos los que lo hagan por reconocer que el individuo realiza muchos actos impuestos por los demás, no porque él los sienta; por vivir en sociedad, por no quererse ver casi despreciado por los demás.

La interpretación de ella ofrece motivos de sobra para consagrar a un actor. Si no hubiéramos sabido que Enrique de Rosas lo era, la encarnación del papel de Pablo nos hubiera bastado para consagrarle, aplaudirle y admirarle.

Los demás se mantuvieron discretos.

Reposiciones.

Mimí Aguglia ha representado en la escena del teatro de la Latina «Seis personajes en busca de autor», una de las mejores producciones de Pirandello, ya representada en Madrid anteriormente por Vera Vergani y por Pepita Díaz de Artigas. La interpretación que Mimí dió al papel de hija puede competir con cualquiera de las que dieron a ese mismo papel las otras grandes actrices citadas.

—En Novedades se ha reestrenado «La leyenda del beso», uno de cuyos papeles fué representado por Cora Raga, que, en unión de los demás compañeros de reparto, fueron muy aplaudidos.

—«El secreto de Lucrecia» ha sido reestrenado por María Gámez en el Fuenca-rral.

Debut de la Serós en Romea.

El lunes se. presentará de nuevo al público madrileño la genial estrella de las variedades Mercedes Serós en el elegante teatro de la calle de Carretas.

Banquete en honor de Enrique de Rosas.

En varios círculos teatrales y librerías ha surgido coincidentemente la iniciativa de obsequiar con un banquete popular al eminente artista argentino Enrique de Rosas, que de modo tan rotundo ha triunfado en el teatro del Centro al representar la comedia porteña «La mala reputación» y ahora al estrenar con éxito insuperable la ya famosa obra italiana «La máscara y el rostro», que ha dado lugar a establecer una interesante pugna entre su autor Suigi Chiarelli y Pirandello.

Las varias iniciativas parecen que van a cristalizarse en una sola, y el notable actor será agasajado dentro de pocos días con un banquete al que asistirán ilustres personalidades y representaciones populares, en el cual podrá el pueblo de Madrid expresar a la Argentina en la persona del artista el afecto y simpatía que por el país fraterno siente.

Constantino Asuero.

PAGINA FEMENINA

En vista de las reiteradas instancias de muchas de nuestras lectoras, y comprendiendo que, efectivamente, es necesaria esta página, ya que son las mujeres nuestras principales entusiastas, hemos decidido complacerlas, y en nuestro próximo número aparecerá la primera crónica de las que semanalmente nos enviará la distinguida escritora María Teresa Valero, de cuyas excelentes condiciones no queremos hablar; el público, con su imparcial juicio, ha de ser quien califique.

Ya saben nuestras lectoras, que desde el próximo número de SEXUALIDAD tendremos el gusto de ofrecerles una página femenina, que la señorita de Valero, con su exquisito temperamento, hará que sea amena y útil para todas.

La semana deportiva

El sistema sueco.

Ahora vamos a ver que el ejecutar mal los ejercicios de este método puede dar lugar también a deformaciones. En efecto, cita el médico austriaco Hans Splytzi el hecho de que ciertos ejercicios de gran extensión de la espalda producen una **lordosis** de la región dorsal del espinazo, ilustrando el hecho con figuras, y añadiendo que es muy difícil de evitar en ellas, por correctamente que se quieran ejecutar; luego en el sistema sueco existen ejercicios no beneficiosos, y en que al aplicar la anatomía para establecerlas, esta publicación no se ha hecho bien, o sea que también la escuela sueca tiene exageraciones, lo mismo que las otras.

Ciertas lecciones del tronco, tanto adelante como laterales; ciertos ejercicios en la posición de cúbito, se prestan fácilmente a ser ejecutados de un modo incorrecto, y entonces pueden producir efectos perniciosos, análogos a la ejecución incorrecta de los otros métodos.

Dice Felr Heckel: «En realidad, el método sueco es la escuela de rigidez», afirmación exacta, pero que no razona, aunque sea fácil el hacerlo, pues como el método sueco da tanta importancia a las actitudes, que se basan **en las contracciones estáticas de los músculos**, como éstos hacen que durante un cierto tiempo se mantengan éstos rígidos, puesto que se los mantiene contraídos y quietos todo el intervalo que dura la actitud tomada, **resulta que al cabo del tiempo, esta rigidez pasa a ser característica del sujeto**, tardando tanto tiempo en adquirirla cuanto necesita para su educación muscular por este método. Este es el motivo por el cual el eminente profesor francés Demny califica al método sueco de **ortopédico**, porque efectivamente lo es, únicamente que sus aparatos principales de ortopedia son los más importantes y los mejores: los músculos.

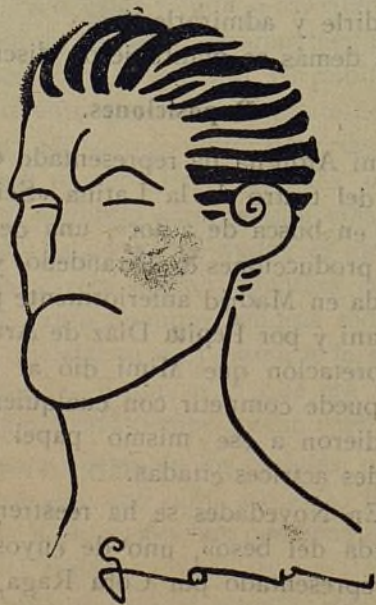
Ahora bien; como los músculos son órganos esencialmente dinámicos, o sea para hacer esfuerzos moviéndose, el modo más

natural y lógico de su desarrollo es por el movimiento, no por la contracción estática. Por otra parte, las experiencias y estudios de los doctores Champtasin (1) y Rouhet prueban que el eficaz desarrollo de dos músculos sólo se obtiene con las contracciones dinámicas acompañadas del esfuerzo; luego como base científica de desarrollo muscular, el sistema sueco está lejos de ser el mejor, ni una perfección, lo que realmente se explica, puesto que en la época de Suig eran desconocidos los trabajos de fisiología del sistema muscular, debidos a Cheveau y otros autores, que tanta luz han hecho en el problema, aún incompletamente conocido, de la energética y el desarrollo muscular y sus relaciones con el sistema nervioso, tan desconocido entonces también, ya que la teoría de la neurona era una cosa ni dislumbrada.

Eduardo de los Reyes Sáiz.

(1) Véase doctor Chaptasin: «La gymnastique scientifique».

LOS «ASES» DEL DEPORTE



Carpentier.

El gran boxeador francés, cuya próxima aparición en Norteamérica está siendo tan comentada.

" G O R I "

En la sección de Deportes de este mismo número de SEXUALIDAD ofrecemos a los lectores que nos favorecen con su atención la caricatura del boxeador Carpentier, maravillosamente hecha por un caricaturista joven y de talento: «Gori».

Gregorio Muñoz Montoro, «Gori», es el caricaturista que con sus personalísimos dibujos y sus graciosas «cabezas» ha sabido dar al gran semanario deportivo «Record», que tan inteligentemente dirige el culto periodista don Angel Díez de las Heras, una amenidad artística inolvidable.

Díganlo, si no, las caricaturas siguientes: «El comandante Franco, visto por «Gori», «Vallana», Luis Angel Firpo, Pinilla Pereiro, Garrobe, Helguera, René Petit, Jáuregui, Reigosa, Gaicedo... y, por último, esa ilustración de la titular de una de las figuras de «Record», Cinema-Record, donde el humorismo, la ironía y la gracia reinan y mandan, gracias al poder mágico de la «pluma» y el talento de «Gori».

SEXUALIDAD saluda con admiración y cariño al joven artista, que rápidamente ocupará uno de los primeros puestos en la caricatura española,

ver cómo la pelota, impelida por los jugadores, tan pronto danzaba sobre nuestra puerta como sobre la meta contraria.

El equipo portugués se nos mostró como un bando de buen conjunto, en el que, sin grandes notabilidades a quienes distinguir, merece, sin embargo, se destaque al portero, valiente, colocado y decidido; a la defensa, sobre todo al izquierda; a los medios centro y derecha, y a los dos interiores. Son muy rápidos, y cuando lo gran colocar el balón cerca de la portería, entran a él con gran entusiasmo y coraje.

Los nuestros jugaron bien, y su mayor elogio nos parece que queda hecho diciendo que rindieron el juego que de ellos todos esperábamos, pues si bien hubo algunas lagunillas a cargo de Serrano en el primer tiempo, y de Marín en el segundo, sírvales como disculpa, al primero, la voluntad que en la segunda parte puso por corregir su actuación, y al buen extremo derecha unionista, que era quizá el primer partido de esta talla en que intervenía, y, por lo visto, quiso lucirse. Merecen citarse, sin embargo, Monjardín y Goiburu, que hicieron una gran labor, y Helguera, que dió un gran rendimiento. en su totalidad el campo de Chamartín, deseoso de presenciar la contienda, pues esperaba que ésta habría de proporcionarle no pocas ocasiones para entusiasmarse y aplaudir con calor.

Y en verdad que no quedaron defraudadas las esperanzas del aficionado. La lucha fué interesante en todo momento, y como en vencer pusieron todo su empeño tanto españoles como lusitanos, consecuencia de ello fueron los repetidos momentos de emoción por que atravesó el público al

FUTBOL

La selección militar de Madrid vence por 4-2 a la de Lisboa.

A pesar de la lluvia con que casi todo el domingo anterior nos vimos «favorecidos» los madrileños, el partido anunciado entre las selecciones militares madrileña y lisboeta se celebró, y el público llenó casi

Embrocación «HÉRCULES»
PARA DEPORTISTAS
 Tónica :: Vigorizadora :: Mata el dolor

Juan Martín.-Alcalá, 9
 Durán. — Tetuán, 3

MADRID

Consultorio de asuntos

matrimoniales

Jaime Torrubiano Ripoll

Catedrático de Derecho Matrimonial

Luna, 40



FABRICA DE SOMBREROS

Para señoras y niños

5, MARIANA PINEDA, 5.

Apartado de Correos 12-111

MADRID

ESLAVA

Joyería de moda

Compra-venta, cambio, peritaje y tasación de toda clase de alhajas

oro, plata, platino y piedras preciosas

Clavel, 2.—MADRID

ELIXIR «PROGRESO» DE SIMARUBA COMPUESTO.—El más poderoso tónico que se conoce; de acción intensamente *aperitiva y reconstituyente*. Muy indicado para la *inapetencia*, casos de *convalecencia* y estados de *debilidad*. De asombrosos resultados en los *anémicos* y en los *tuberculosos*.—PILDORAS PURGANTES «PROGRESO». Remedio seguro y sin peligros del estreñimiento habitual. Cura la *cefalalgias congestivas*.—MIXTURA ANALGESICA «PROGRESO». Calma en el acto las *neuralgias* y *dolores* de todas clases, incluso el dolor de muelas.—SELLOS ANTIGRIPALES «PROGRESO». Curan la *gripe*, calman el dolor de cabeza, combaten con éxito todos los estados febriles.—NEISSEROL «PROGRESO». Preparación balsámica contra la *blenorragia*. Una sola caja cura en la generalidad de los casos. Exito asombroso. De venta en las mejores farmacias, en la de Gayoso, Arenal, 2 y en la del autor Conde-Duque, 22. Madrid.

Balneario de TECTO (Lugo)

Aguas ferroginoso mangonesianas

Variedad arsenical

Especialmente indicadas en la anemia
y enfermedad-s propias de la mujer

TEMPORADA OFICIAL:

De 1.º de Julio a 20 de Septiembre

CASA FERNANDEZ

TEJIDOS

Novedades para señoras y niños

Colegiata, 20.--Esquina Toledo

MADRID

Sección especial por palabras.—De una a ocho **50** céntimos,
cada palabra más **10** céntimos

Aureo Blanco. Sastre. Especialidad en trajes de etiqueta. Infantas, 20.

Abono automóvil limouse gran lujo. Fort ny, 17.

Para conservar vista, cristales Punktal Zeiss, casa Dubosc, óptico. Arenal, 21.

¿Quiere su vista? Use cristales Punktal Zeiss, Casa Dubosc, óptico. Arenal, 21.

Contabilidad, clases particulares. D. Pedro, 8. Señor Pintado.

Cristalina evita empañado de cristales. Escurre agua en parabrisas. Venta en droguerías. Depositario: Galache, Atdo. 12.172.

Hijos de A. Deza. Bastones, paraguas y óptica. Primera casa en composturas. Carretas, 33. Casa fundada en 1850.

Rayos X. Reconocimientos, 5 pesetas. Reconocimientos y curación de enfermedades estómago. Radiografía. Corredera Baja, 5.

Comadronas

Comadrona de la maternidad últimos adelantos en partos. Madera, 16.

Partos, ex profesora Maternidad, consultas reservadas. Fernández de los Ríos, 26.

Partos, Josefina López, últimos adelantos. Pez, 19, segundo.

Análisis clínicos

Reacción Wasserman
para el diagnóstico de la sífilis

Análisis de la orina

Microbiología

Vacuna y sueros

Alcalá, 53, 2.º izq.

Ornamentación. — Arte decorativo. — Imitación. — Arte antiguo y moderno. — Salones de época y restauración de techos, parquetes y portadas. — Trabajos de imitación sobre madera, cristal, mármoles y esmaltes.

Antonio Castán Sevigné

Campoamor, 20

JUAN LAFORA

Antigüedades

Plaza de las Cortes, 4

MADRID

Laboratorio Hides

La sarna y enfermedades de la piel se curan con el ANTISARNICO HIDES

MIXTURA HIDES en cucharadas es buena base del tratamiento de la sífilis

Quemaduras del sol, aire, etc, se curan con LASSARAN

Lo mejor para la limpieza de la boca es el NIVOL

Pedidos los productos en todas las farmacias

Casa WADEL

DE

Ernesto Wadel

Las moscas no resisten la acción del Líquido LIBER, que mata a millones por día. El litro, pesos 3,50. y el medio litro, pesos 2,25. Aparato vaporizador especial, 1,95. Polvo LIBER para matar moscas. La caja fuelle, 1,50.

Mate los mosquitos en pocos minutos, con el infalible Pistol Varetta LIBER. Su empleo es muy fácil e inofensivo para la salud. La caja de 200 barritas con soporte, pesos 2,90.

Mate las hormigas con el hormiguicida en polvo LIBER, que es rápido y seguro. Destruye cualquier hormiguero por rebelde que sea, librando a las quintas y a los jardines de tan gran enemigo. La caja, peso 1,50.

Mate las chinches con el Flúido LIBER, maravillosa preparación muy fácil de aplicar, que mata instantáneamente las chinches y los gérmenes dejados por éstas. Precio del tarro con pincel, pesos, 1,50.

918, Carlos Pellegrini, 918

Buenos Aires

Las fajas MARVEL

CON CIERRE AUTOMÁTICO EN VEZ DE CORDONES, convierten, como por encanto, la fina silueta de moda, a todas las personas que tienen el acierto de usarlas.

EN LAS REUNIONES SOCIALES son indispensables por la armonía que procura a la línea, de acuerdo a la moda actual.

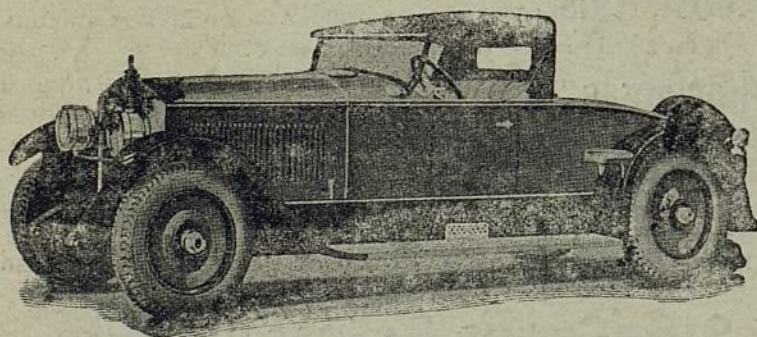
EN CUALQUIER SPORT, tienen la preferencia, porque su flexibilidad inimitable facilita toda clase de movimientos, conservando la figura siempre correcta.

LAS FAJAS «MARVEL» son hechas especialmente sobre medida para cada interesada, y siempre resultan tan perfectas que no son notadas por quienes las usan cualquiera que sea la posición que adopten.

Pida un catálogo

Casa MARVEL

C. Pellegrini, 369.-BUENOS AIRES



EL ROADSTER MOON

3-5 asientos, 6 cilindros

El coche más elegante y práctico

de los Estados Unidos

E. PEZZI.

Almirante, 1.

MADRID